

14

# Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

Enero - Junio, Año 2017 - Tunja, Colombia

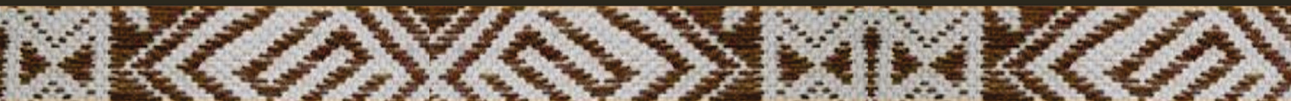
## **Eduardo Santos, la escena pública y la «hegemonía» conservadora**

<http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5821>

**Isidro Vanegas Useche**

<http://orcid.org/0000-0002-3779-2537>

**Páginas: 251-290**



# Eduardo Santos, la escena pública y la «hegemonía» conservadora\*

Isidro Vanegas Useche<sup>1</sup>

*Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia*

Recepción: 14/03/2016

Evaluación: 19/07/2016

Aprobación: 28/09/2016

Artículo de Investigación e Innovación.

DOI: <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5821>

## Resumen

Este artículo indaga por la vida pública de Eduardo Santos durante la república conservadora. No solo busca mostrar detalles de su importante rol en las luchas políticas sino también reflexionar, a partir de su intervención como actor y testigo de un periodo de intensos cambios, acerca de la forma como se construyó la representación política en un periodo de la historia colombiana caracterizado por el apaciguamiento de la violencia, al cual el propietario de *El Tiempo* hizo contribuciones importantes. Busca desde la historia conceptual de lo político, comprender la importancia de ciertos liderazgos en la construcción del clima de distensión

---

\* Este artículo se deriva de la investigación «República y democracia en la historia de América Latina».

1 Doctor en Historia, Universidad París 1, Panteón Sorbona. Docente Doctorado en Historia y Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Director del «Grupo de Investigaciones Históricas». Línea de investigación «Historia de la democracia en Colombia». Publicaciones recientes: *El siglo diecinueve colombiano*, ed.; *La revolución neogranadina*; *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia*. Correo electrónico: [isivanegas@yahoo.com](mailto:isivanegas@yahoo.com) ORCID: [orcid.org/0000-0002-3779-2537](http://orcid.org/0000-0002-3779-2537)

política que caracterizó a Colombia durante varias décadas a comienzos del siglo XX.

**Palabras clave:** Prensa, Republicanismo, Liberalismo, Representación política, Democracia, Colombia.

### **Eduardo Santos, the Public Scene and the Conservative “Hegemony”**

#### **Abstract**

This article inquires into the public life of Eduardo Santos during the Conservative Republic. It provides details of his important role in political struggles, as well reflecting on his role as actor and witness during a period of intense change. Similarly this study reflects about the construction political representation in a period of Colombian history characterized by the appeal of violence; a period during which the owner of *El Tiempo* newspaper made important contributions. Based on the conceptual history of politics, this study inquires into the importance of certain leaders in the construction of the atmosphere of political détente which characterized Colombia for several decades at the beginning of the XX century.

**Key Words:** Press, Republicanism, Liberalism, Political Representation, Democracy, Colombia.

### **Eduardo Santos, la scène publique et l’ «Hégémonie» conservatrice**

#### **Résumé**

Cet article s’intéresse à la vie publique d’Eduardo Santos pendant la période de la République conservatrice. Il montre de manière détaillée son rôle dans les luttes politiques, mais veut également réfléchir, à travers son action et son témoignage, autour de la construction de la représentation politique dans une période de l’histoire colombienne caractérisée par l’apaisement de la violence, auquel a voulu contribuer le propriétaire du journal *El Tiempo*. A partir de l’histoire

conceptuelle du politique, le texte cherche à comprendre l'importance de certains leaderships dans la construction du climat de détente politique qui caractérise la Colombie du début du XXe siècle.

**Mots-clés:** presse, républicanisme, libéralisme, représentation politique, démocratie, Colombie.

## 1. Introducción

La manera como Eduardo Santos fue visto por sus contemporáneos y la manera como es percibido en la actualidad ofrece un agudo contraste. Hoy, aun cuando se le asocie a la poderosa empresa periodística que levantó, muchos otros líderes liberales que con él compartieron la escena política aparecen como figuras de mucho mayor relieve. Él fue, sin embargo, desde finales de la década de 1910 y durante cerca de medio siglo un referente central de la escena política colombiana. Durante la república conservadora jugó, además, un rol preponderante en la pacificación de las luchas políticas.

La intervención de Santos en la escena pública es importante no solo por su notoriedad y por su contribución al clima de distensión que perduró durante varias décadas<sup>2</sup>. Él, además, dejó testimonio de los profundos cambios de todo orden acaecidos en Colombia, como la aparición de agrupamientos sociales ligados al trabajo industrial, la emergencia de partidos, discursos y prácticas políticas inéditas, la difusión de estilos de consumo desconocidos<sup>3</sup>. En medio de esos fenómenos que marcaron el paso a una democracia de masas, Santos desarrolló una intensa vida política, mantuvo contacto con cientos de intermediarios políticos, tomó asiento en diversas corporaciones públicas y ocupó los más altos

2 Una mirada de conjunto a la violencia política de las primeras décadas del siglo XX en Isidro Vanegas, *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia* (Bogotá: Universidad Externado, 2011).

3 Santiago Castro muestra con agudeza algunas de las dinámicas sociales claves en estos años. Santiago Castro, *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)* (Bogotá: Editorial Universidad Javeriana, 2009).

cargos que la república puede ofrecer, además de organizar actos de beneficencia, tomar parte en giras políticas, concertar comités electorales. Al tiempo que fue testigo y actor, tuvo un rol determinante en la manera como los colombianos construyeron la percepción de todos esos fenómenos.

En este artículo nos ocuparemos de mostrar, en orden cronológico, la actuación pública de Santos durante la llamada república conservadora, y la manera en que esa intervención nos descubre aspectos centrales de la representación política, como su énfasis en la exigencia capacitaria<sup>4</sup>. La fuente principal de la indagación es la prensa. El diario *El Tiempo*, en primer lugar, pero también algunos otros periódicos y estudios que nos ayudan a contrastar la imagen que Santos ofrece de sus propias actuaciones, pero que ciertamente no logran borrar del todo la fuerte impronta de la historia de las ideas que recorre este artículo.

## 2. La obsesión de la concordia

Las primeras incursiones del joven Santos en el periodismo ocurrieron el año en que cayó el gobierno autoritario de Rafael Reyes, acontecimiento que desató una gran euforia política y periodística<sup>5</sup>. Comenzó escribiendo en modestas publicaciones como *El Debate* y *La Pluma Libre*, pero no se acomodó a esa situación y a mediados de 1909 fundó *La Revista*, con quien será su gran amigo de toda la vida, Tomás Rueda Vargas<sup>6</sup>. *La Revista* fue ofrecida a «todos los hombres de buena voluntad» para que reflexionaran serenamente sobre las graves cuestiones a que estaba confrontado un país cuyo desgarramiento de Panamá aparecía como la sentencia inapelable contra las querellas partidistas. Santos, empero, no fue muy prolífico literariamente, pues escribió su sección «Revista política» apenas en dos ocasiones de las diez en que

4 Sobre este problema, central de la democracia moderna, puede verse Pierre Rosanvallon, *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France* (París: Gallimard, 1998), espec. 11-83.

5 Detalles de la vida de Santos en Enrique Santos Molano, *Los jóvenes Santos*, 2 vols. (Bogotá: Universidad Central, 2000).

6 Luis Enrique Osorio, «Eduardo Santos me dijo,» *Vida 5*, n° 41 (1941): 20.

circuló su publicación. Allí, sin embargo, aparecen con fuerza algunas de las ideas a cuya materialización consagrará más tarde sus esfuerzos: el intenso vínculo existente entre el destino de la república y la obra de la Revolución Neogranadina, la nación misma como artífice de la tranquilidad pública, el carácter nocivo de partidos de carácter muy definido, la concordia como uno de los supremos bienes de la república<sup>7</sup>.

Las controversias políticas que alarmaban a los directores de *La Revista* no eran en realidad graves. Todo lo contrario, pues desde los inicios de la república pocos momentos como este mostraban una tan tenue hostilidad partidista. En los meses que siguieron a la fuga de Reyes muchos líderes políticos incluso llegaron a dudar que los partidos tuvieran una función positiva, tomando una fuerza inusitada la ilusión de que disolviendo aquellas viejas agrupaciones en una sola y nueva corriente, se sanarían las heridas mutuas y se le daría paso al solo interés colectivo. Esa convicción dio vida al movimiento republicano<sup>8</sup> y tuvo amplia acogida durante el gobierno de transición de Ramón González Valencia, quien tomó posesión de la presidencia en agosto de 1909. Por estas fechas Santos viajó a París, donde permanecerá cerca de dos años.

En París asistió informalmente a algunos cursos en la universidad, observó los debates parlamentarios y en general siguió el curso de la apacible política europea. También escribió algunas crónicas que fueron publicadas en España y en Colombia, y frecuentó el notablato colombiano, con quienes organizó un homenaje póstumo al líder liberal Santiago Pérez, muerto en el destierro parisino a que lo había obligado el presidente Miguel Antonio Caro. En aquel liberal derrotado una y otra vez incluso por sus copartidarios, Santos encontraba

7 Tomás Rueda Vargas y Eduardo Santos, «editorial,» *La Revista*, n° 1 (1909); Eduardo Santos, «Revista política,» *La Revista*, n° 1 (julio 5 de 1909); Eduardo Santos, «Revista política,» *La Revista*, n° 2 (agosto 1 de 1909).

8 Sobre la corriente «republicana» de la década de 1910 no hay estudios sólidos, como tampoco existen para uno de sus principales logros: la reforma constitucional de 1910.

convicciones atractivas: su desprecio del caudillaje, sus anhelos civilistas, su fe en los ideales de cultura y libertad<sup>9</sup>.

Eduardo Santos regresó a Bogotá en julio de 1911, y a finales de ese año su amigo Enrique Olaya Herrera le concedió un cargo en el ministerio de relaciones exteriores. Desde su retorno había colaborado en varios periódicos republicanos, pero sobre todo en *El Tiempo*, a cuyo director le había confiado su sentimiento de entusiasta adhesión a la agrupación política en cuyo nombre ejercía la presidencia de la república Carlos E. Restrepo<sup>10</sup>. Pero ¿cuáles son las ideas políticas que asedian a aquel joven? Revisando algunos de sus artículos de esos meses podemos aproximarnos a ellas. La primera, que la república se halla en tal estado de gravedad que se hace necesario no tanto refundarla sino prácticamente fundarla. La patria aparece ante sus ojos «mutilada y humillada, mendicante, sin vigor moral ni fuerzas físicas, caduca en plena niñez»<sup>11</sup>. La segunda, que los diversos partidos políticos, no bastándoles con ser los hacedores de la catástrofe, ni siquiera son capaces de percibir su responsabilidad en ella. De esta manera, aunque las arremetidas de Santos se dirijan de preferencia contra los «partidos extremos», la noción de partido le resulta chocante, pues según él, *partido* necesariamente se contrapone a *patria*. La tercera idea, es que los políticos colombianos del pasado no solo son casi invariablemente incompetentes sino que son, a priori, sospechosos de privilegiar sus intereses particulares sobre el interés público. La cuarta idea radica en que, poseídos del sectarismo partidista, los políticos colombianos han estado viendo con absoluto desprecio los cambios graduales, concibiendo el éxito en la vida pública como el completo control del Estado, de manera que así se pueda proceder al entierro

9 Enrique Santos Molano, *Los jóvenes Santos*, t. 1, 85-106; Luis Enrique Osorio, «Eduardo Santos me dijo», 20; Oración de Eduardo Santos en Juan E. Manrique y otros, *Peregrinación a la tumba de Santiago Pérez 23 mayo 1911* (París: Librería de Paul Ollendorf, 1911), 40-42.

10 Eduardo Santos, «La casa del Maestro. Eduardo Santos en nuestra Redacción,» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de abril de 1911; «Notas políticas. Doux pays», *El Tiempo*, Bogotá, 21 de febrero de 1912.

11 Eduardo Santos, «La voz de un hombre ilustre,» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de septiembre de 1911.



de la obra y de los hombres del régimen precedente. Por esto Eduardo Santos adhiere a la Constitución vigente, la de 1886, pues para él contiene todos los principios que puede apetecer un espíritu liberal, además de que acuerda los mecanismos necesarios para que sus eventuales defectos puedan ser subsanados. Finalmente, la quinta idea que ronda al joven Santos es que el ardor partidista tiene como consecuencia necesaria la violencia, la cual ha llenado de horror la historia colombiana, particularmente en las guerras civiles. Sobre esa violencia, que no solo es una consecuencia sino que parece una condición de las luchas partidistas, propone una idea plena de sugestión interpretativa: las guerras civiles no hay que verlas tanto como el producto de la acción de los gamonales políticos sino mas bien como productoras de gamonales<sup>12</sup>.

Respecto a la república, Santos tiene una mirada ácida, que puede caracterizarse como negativa, en el sentido que denuncia unos defectos pero carece de un programa para remediarlos. Con todo, no invita al desánimo ni anuncia la derrota y la disolución<sup>13</sup>. Quizá por eso, aquel joven ya tiene un cierto nombre en los ambientes periodísticos y políticos de la capital, gracias sobre todo a su participación en *El Tiempo*. Este periódico, que había fundado Alfonso Villegas Restrepo en enero de 1911, dos años después ya había conquistado un espacio importante debido a su defensa apasionada del republicanismo y de la obra de gobierno de Carlos E. Restrepo. Un logro alcanzado a expensas de la salud y el patrimonio de Villegas, quien vende el periódico en cinco mil pesos a Eduardo Santos, el cual asume su dirección en julio de 1913, una vez ha renunciado a su puesto en el ministerio de relaciones exteriores. Villegas le deja un periódico que con su modesto

12 Respecto a las ideas políticas de Eduardo Santos, véanse los siguientes artículos suyos en *El Tiempo*: «Las elecciones municipales,» Bogotá, 6 de octubre de 1911; «El Liberal' y la Constitución nacional,» Bogotá, 10 de enero de 1912; «Por la paz y la justicia,» Bogotá, 10 de mayo de 1913; «La paz necesaria,» Bogotá, 23 de mayo de 1913. Ver también Eduardo Santos, «Mirando atrás,» *El Diario*, Bogotá, 28 de septiembre de 1912.

13 Eduardo Santos, «Escepticismo nacional,» *El Diario*, Bogotá, 11 de noviembre de 1912.



tiraje de 1500 ejemplares había alcanzado reconocimiento nacional, pero cuya viabilidad como empresa era incierta<sup>14</sup>.

El nuevo propietario no le introduce al *Tiempo* cambios perceptibles en el orden doctrinario, pero Santos posee un estilo literario propio y una tenacidad que elogiarán incluso sus rivales. Su republicanismo milita por la atenuación de la efervescencia electoral, por la moderación de las luchas partidistas y el respeto entre los contendientes. Pero su ideal de la escena política no es la unanimidad, la falta de debate, la humilde marcha tras el hombre o el partido que vele olímpicamente por los intereses nacionales. Vindica para el republicanismo un carácter fuertemente doctrinario, dándole en él un lugar preferente a las nociones de justicia, libertad, progreso, legalidad. Como republicano es particularmente incisivo en la necesidad de sacar la cuestión religiosa de la arena política, poniendo la religión definitivamente en el ámbito privado de cada individuo y quitándole al Estado cualquier subordinación al poder eclesiástico. Clama porque los hombres de iglesia se alejen completamente de las luchas políticas, puesto que esa intromisión acentúa las discordias y envilece a la iglesia<sup>15</sup>.

Santos insiste en que el republicanismo no es un fin en sí mismo sino un medio para cooperar al bien general. De ahí que no le inquiete mucho la organización de su partido, pues lo que considera digno de atención es sobre todo el pulimento doctrinal y la selección de sus dirigentes. De ahí que pueda convertir en un reparo grave en contra de las demás agrupaciones políticas el cuidado que estas ponen en aceitar sus organizaciones, pues ve en ese afán la evidencia de que el interés primordial de ellas no es el bien común sino su propio engrandecimiento.

14 Eduardo Santos, «Banquete en honor de Villegas Restrepo,» *El Tiempo*, Bogotá, 10 de julio de 1913; «Notas políticas,» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de julio de 1913; Eduardo Santos, «Recuerdo de don Fabio,» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1961.

15 Algunos de los editoriales de su periódico que nos acercan a su concepción del republicanismo: «Reformas constitucionales,» Bogotá, 4 de agosto de 1913; «Conservadores y republicanos,» Bogotá, 18 de diciembre de 1913; «Ideas republicanas,» Bogotá, 20 de marzo de 1914. Sobre el rol político de la iglesia durante este periodo, véase Christopher Abel, *Política, iglesia y partidos en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional, 1987).

Esa es la barrera más grave que existe entre su posición y la del principal líder liberal del momento, Rafael Uribe Uribe. *El Tiempo* le formula a Uribe diversas críticas: su presunta carencia de ideales que lo conduce a desdeñar la intromisión de los curas en política; su pragmatismo que lo ha llevado a apoyar la candidatura del conservador José Vicente Concha; su manera personalista, esto es, caudillista, de dirigir el liberalismo. Al lado de esos desacuerdos tácticos gravita algo más decisivo, y es que para Santos un partido si acaso puede esperar disciplina y coherencia doctrinaria en sus jefes, siendo de desear que la gran masa de ciudadanos se defina como nómadas políticos, esto es, como gentes dispuestas a adherir a la corriente que con mejores razones los convoque<sup>16</sup>. Santos desdeña las posibilidades creativas de las instituciones partidistas y comparte la idea de los líderes republicanos según la cual un partido político útil es aquel cuya definición radica ante todo en el selecto grupo de sus dirigentes, separados de los ciudadanos comunes por sus capacidades y su desinterés. En este sentido tiene dificultades para aceptar el nuevo tipo de democracia de masas que ya está bullendo en Colombia, y que comienza a poner en duda la preeminencia *natural* de los notables<sup>17</sup>.

El partido republicano reclama, tal vez con más ardor que sus rivales, poseer los mejores hombres y los más nobles ideales, pero de cara a las elecciones presidenciales de 1914 es una fuerza electoral bien modesta. La inminencia de la derrota, sin embargo, no atormentaba a los líderes republicanos. Como partido de cuadros, para ellos la acción política tenía un fuerte componente pedagógico e intelectual que le restaba trascendencia a los ciclos electorales. En el momento, escribe Eduardo Santos, la prioridad de los «partidos progresistas» es darse una doctrina consistente y una sólida base moral. Necesitan dotarse de un horizonte que puedan transmitirle

16 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Al margen de un informe,» Bogotá, 18 de julio de 1913; «El patriotismo y la candidatura republicana,» Bogotá, 1 de diciembre de 1913; «El arcoíris,» Bogotá, 9 de junio de 1914.

17 Contra las conclusiones de su propio autor, un libro que permite aproximarnos a la vitalidad de la democracia colombiana durante este periodo es el de Renán Vega, *Gente muy rebelde*, 4 vols., (Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2002).

a la nación. Los republicanos, pues, van a la elección presidencial como un deber, presentando a la contienda a uno de sus grandes líderes: Nicolás Esguerra. Se sienten orgullosos de la completa negativa del presidente Restrepo a intervenir a favor del candidato republicano, sabiendo que esa actitud justamente hará inexorable su derrota. Haber actuado de manera distinta, dice Santos, hubiera sido borrar las diferencias con los gobiernos del pasado y haber renunciado a la razón de ser del republicanismo<sup>18</sup>.

De la derrota electoral de aquel año una de las lecciones que el director de *El Tiempo* extrae es que los partidos no conservadores harían bien en concertar esfuerzos para enfrentar al conservatismo, que ve como una fuerza voraz que quiere apoderarse del país todo. Santos propone a los republicanos y a los liberales de los distintos matices constituir una «alianza democrática» en la que se le reconozca a cada agrupación su personalidad. El objeto, dice, no es formar una coalición electoral sino vigorizar unas corrientes de opinión en torno a determinados principios. Su propuesta tenía pocas posibilidades de ser bien recibida puesto que una intensa repulsión había echado pie entre republicanos y liberales, estando la mayor parte de estos concentrados en torno al liderazgo de Uribe Uribe, que disgustaba a buena parte de los republicanos, y por supuesto al director de *El Tiempo*. Así, la propuesta de este no solo no fue contestada positivamente sino que el tono de la discordia se acentuó una vez posesionado de la presidencia José Vicente Concha, en agosto de 1914<sup>19</sup>.

La presidencia de este conservador constituyó un reto mayúsculo para Santos, y tuvo consecuencias significativas en su periódico. Su actitud con el gobierno que terminaba había sido nítida: apoyo decidido a una administración de la que debía enorgullecerse el país. Pero ¿qué actitud tomar ante

18 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Candidaturas presidenciales,» Bogotá, 7 de octubre, 1913; «El Liberal y la candidatura republicana», Bogotá, 29 de noviembre de 1913; «Por la verdad histórica,» Bogotá, 29 de enero de 1914.

19 Eduardo Santos: «La lección de las derrotas,» *El Tiempo*, Bogotá, 11 de febrero de 1914; «La alianza democrática,» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de febrero de 1914.

el nuevo gobierno siendo coherente con el ideal republicano de conciliación? Santos estimaba que un gobierno deseoso de hacer una obra de largo alcance, en lugar de apoyarse en los partidos, debía reunir a los hombres más capaces, a los «hombres de buena voluntad», sin importar su pertenencia partidista. Siendo Colombia un «pueblo informe» que apenas estaba entrando en la edad de la razón, no otro podía ser el camino para instituir la nación y la república, escribió<sup>20</sup>. En lugar de ese, que para él era un imperativo, ve tomar un camino enteramente distinto al nuevo presidente desde su posesión. Santos se siente tan consternado que suspende por un día el periódico para darse la oportunidad de reflexionar. El 9 de agosto de 1914 publica un editorial que es una requisitoria temperada contra el nuevo gobierno. Concha, dice, pretende reunir lo mejor de la nación en su gobierno, pero excluye de él a los republicanos y a los liberales que no son adictos al General Uribe. Y por si fuera poco, alega, frustra todas las esperanzas de llevar un espíritu renovador a la administración, pues coloca en el gabinete a hombres que en su mayor parte son incompetentes o están poseídos del espíritu cansino de la Regeneración<sup>21</sup>.

El administrador del diario, Fabio Restrepo, recordará años después cómo este editorial marcó un hito para el periódico, que entonces triplicó su circulación<sup>22</sup>. Esa expansión también se benefició del interés despertado por la guerra europea, de la cual *El Tiempo* se esforzó por informar cuidadosamente. Pero la principal razón de la sólida pujanza que cosechó desde allí hay que buscarla en la página editorial, donde Santos toma una distancia firme aunque serena respecto al gobierno conservador, interpretando así a una sociedad en la que crecía la atracción por lecturas del mundo no confinadas a los esquemas propios de los antiguos anclajes partidistas. *El Tiempo*, además, podía ufanarse desde sus orígenes de no

20 Eduardo Santos, «¿Qué debe ser un Gobierno en Colombia,» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de julio de 1914.

21 Eduardo Santos, «Una revelación. El gran ministerio,» *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1914.

22 «Fabio Restrepo cuenta cómo fueron los primeros días de EL TIEMPO,» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1961.

haber recibido favores del gobierno y de no haber servido de escalón hacia posiciones políticas.

El vigor del diario parece tener una relación inversamente proporcional al declive del republicanismo, que incluso bastante antes de la culminación del gobierno de Carlos E. Restrepo, era una pequeña fuerza electoral visible apenas en las ciudades principales, aunque su prensa y sus intelectuales fueran hartamente influyentes. Santos se reconforta en el vigor de las ideas republicanas, y contra las magras votaciones, contra las constantes deserciones y el desaliento que acecha a sus copartidarios, los llama a prepararse para los siguientes combates por las reformas, a continuar la propaganda de sus ideales más allá de las coyunturas electorales. En contraste con el republicanismo, ve a los antiguos partidos como asociaciones que persiguen intereses particulares, que bloquean la emergencia del sentimiento de solidaridad nacional, que impiden en las masas el nacimiento del patriotismo. Cree que el republicanismo se diferencia de aquellos partidos, que llama «pantanos estancados y pestilentes», en que no lo moviliza sino la sana y tranquila pasión patriótica. En sus palabras, el partido republicano se asemeja, antes que a un partido, a un club de propaganda. Lo concibe como un grupo de hombres selectos, distinguidos por su probidad, sus talentos, su patriotismo, no como un partido de masas, que, desde su punto de vista, puede caer bajo la seducción de los hombres audaces listos a extraviarlas. Cuando describe ese partido republicano tan determinado por la dimensión moral está enunciando a la vez su ideal de la política y de la república, el cual puede definirse como de tipo capacitario: la nación solo puede ser dirigida por el puñado de hombres virtuosos, justos e ilustrados que está en aptitud de hacerlo; ciertamente la ciudadanía debe participar, debatir, escoger sus líderes, pero ha de hacerlo mediante una elucidación racional y sosegada, evitando los sobresaltos pasionales<sup>23</sup>.

23 Editoriales en su periódico: Eduardo Santos, «Manifiesto Republicano,» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de marzo de 1915; «Al margen del Manifiesto,» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de marzo de 1915; «Lo que significa la Convención,» *El Tiempo*, Bogotá, 17 de julio de 1915; «El viejo mal,» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de octubre de 1915.

Poseído por tales convicciones, Santos rehúsa las invitaciones que el liberalismo hace a los republicanos para que se le sumen. No puede saltarse su propia convicción de que su colectividad difiere del liberalismo no tanto por los ideales que busca hacer triunfar sino ante todo por las vías mediante las cuales se busca hacer triunfar unos objetivos que pueden ser similares. No es solo una diferencia de tácticas sino también de lenguajes, en cuanto estos escenifican antagonismos entre diversos proyectos de comunidad política. Santos se reclama de un republicanismo para el cual la moderación es tanto un medio como un fin. Un republicanismo empeñado en un amplio conjunto de cambios pero necesariamente a través de ajustes progresivos alcanzados dentro de un espíritu de transacción. Por eso, aun reconociendo que en los años recientes el liberalismo ha suavizado sus contornos, sigue considerándolo un partido impulsivo, propicio a la grandilocuencia y las vociferaciones, y, como el conservador, un partido ávido de dominación. Un partido al que la desaparición de Uribe Uribe —en octubre de 1914— no habría librado de ser dirigido por caudillos y mediocridades<sup>24</sup>.

### 3. Periodista político a pesar de sí mismo

En los años posteriores al asesinato de Uribe Uribe, el liberalismo vivió en un estado de aguda fragmentación, pues nadie logró una preeminencia similar a la que el caudillo antioqueño había detentado. Ni siquiera se desarrollaron liderazgos reconocidos como nacionales. En ese tiempo de desánimo y confusión, los liberales acordaron variadas formas de colaboración con los republicanos, siendo así que de 1915 en adelante las dos agrupaciones constantemente postularon listas comunes a las corporaciones de elección popular<sup>25</sup>.

24 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Renovarse o morir.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de noviembre de 1914; «Republicanos y liberales.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de enero de 1915; «Excomuniación laica.» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de septiembre de 1916.

25 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Las elecciones de hoy.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de mayo de 1915; «El desastre del Bloque.» *El Tiempo*, Bogotá, 3 de mayo de 1915. Ver también los siguientes artículos en ese mismo periódico: «Unión Liberal-Republicana para Concejeros Municipales.» *El Tiempo*, Bogotá, 1 de octubre de 1915; «Para el concejo municipal de Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 6 de octubre de 1917; «Las elecciones en Boyacá.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de febrero de 1919.

Cuando los líderes políticos comienzan a avizorar las posibles estrategias para las elecciones presidenciales de 1918, la mayor parte de los republicanos y liberales concluyen que la mejor salida no es presentar un candidato propio sino lograr que ambas agrupaciones trabajen con los conservadores no clericales para derrotar la candidatura oficial de Marco Fidel Suárez. Santos participa complacido de esa estrategia, pues ve en aquellos conservadores –cuyas cabezas más visibles son Guillermo Valencia y Laureano Gómez– un aliado decisivo para abrirle paso a las reformas necesarias. La tensión intraconservadora la piensa como una oportunidad para ampliarle espacios a las «fuerzas progresistas», pero el acercamiento a un sector de ese partido no lo concibe apenas como un movimiento táctico, pues espera que tal coalición llegue a ser una fuerza capaz de dejar una impronta duradera en el país. Tal tipo de alianza es afín a su ideal de la organización política. Una coalición encabezada por un conservador le atrae porque piensa que la eventual victoria de un liberal o un republicano en una elección presidencial sería desconocida por las autoridades, pero también porque de esta manera podría irse triunfando paulatinamente contra la intolerancia, el fraude y el clericalismo. Santos encuentra normal que en el campo «progresista» existan diversas corrientes y tiene por inconveniente una escena política contraída al bipartidismo liberal-conservador. En primer lugar, porque esa polarización haría que el campo progresista perdiera tanto la adhesión de muchos ciudadanos moderados, que terminarían en el abstencionismo, como la simpatía de los conservadores inconformes, que preferirían quedarse en ese partido a engrosar las filas de su tradicional adversario. Pero además de las razones tácticas, Santos rechaza un esquema bipartidista por considerarlo generador de una tensión máxima que tiende a disgregar a la nación. Su ideal es que existan cuatro o cinco partidos, suma que facilitaría la producción de acuerdos y que procuraría todo un conjunto de beneficios: mitigar las tensiones que el bipartidismo exagera, permitir a la opinión pública un mejor conocimiento de los problemas y de sus eventuales soluciones, dar más plasticidad a la representación al ofrecer a los ciudadanos la posibilidad de afiliarse a organizaciones políticas más cercanas a sus ideales



y a sus sentimientos. En este sentido, un número mas bien amplio de partidos permitiría reconocer la mayor variedad que en todos los campos caracteriza al mundo moderno<sup>26</sup>.

Santos, por lo tanto, tomó parte activa en las labores que los liberales, los republicanos y parte de los conservadores realizaron en los meses finales de 1917 y en enero 1918 para promover la candidatura de Guillermo Valencia. Aquí comenzó la estrecha colaboración que durante más de diez años mantendrán los liberales y los republicanos con el principal líder del conservatismo disidente, Laureano Gómez<sup>27</sup>. Esa cooperación, así como el amplio reconocimiento que *El Tiempo* le otorgó a Gómez fueron fundamentales en la proyección de este como un líder de carácter nacional.

Santos, por su parte, reclamó insistentemente no pretender que su diario fuera la «base para una carrera política»<sup>28</sup>. Y esa condición que se autoimpuso la cumplió, en el sentido que no utilizó *El Tiempo* para obtener puestos en la administración pública. Mientras muchos otros periodistas daban constantemente el paso a empleos públicos para luego retornar a sus periódicos, o utilizaban sus periódicos para dar curso a disputas estrechamente partidistas, Santos dio absoluta prioridad a su labor periodística. Ella fue el centro de su actividad pública. Pero ese desapego respecto a la política en su dimensión más estrictamente partisana enriqueció su carrera política, algo por lo demás inevitable dada su notoriedad en el seno de un pequeño partido como lo era el republicano. Siendo un reconocido periodista no podía eximirse de participar en la preparación de las listas de candidatos a las distintas corporaciones, no podía rehuir la proximidad de los líderes republicanos y de sus aliados liberales y conservadores, no podía dejar de prestar sus esfuerzos en

26 Textos de Eduardo Santos: «La política y el país,» 8 de septiembre de 1916; «Qué busca la coalición,» 4 de octubre de 1917; «Los que protestan,» 4 de noviembre de 1917; «En un solo partido,» 13 de junio de 1918.

27 Sobre esta etapa de Laureano Gómez, usualmente desconocida, véase James Henderson, *La modernización de Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2006), 116-221.

28 Eduardo Santos, «Cinco años,» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1916.

la dirección del partido republicano. Tampoco estaba en sus manos desatender a quienes le pedían que formara parte de listas de candidatos a la Asamblea de Cundinamarca, a la Cámara de Representantes o al Concejo de Bogotá.

Sin pretender los primeros planos ni concentrar demasiado esfuerzo en ello, Santos trasegó intensamente la política electoral: en la época esto era algo consustancial a la dirección de un periódico de carácter político. Así, en 1915 formó parte de una lista de candidatos que una coalición de los republicanos y algunos líderes obreristas postuló a la Asamblea de Cundinamarca por la circunscripción de Bogotá. Ese mismo año volvió a ser segundo suplente en una lista muy heterogénea de aspirantes a la Cámara –junto a los republicanos había un sector de liberales y estaban representados igualmente los «comerciantes y agricultores progresistas»–, la cual obtuvo mejores resultados, pues ganó tres curules. En dicho año de 1915 nuevamente figuró como suplente en la lista liberal-republicana para la elección de concejo municipal, la cual obtuvo la mayoría. Dos años después, ocupó uno de los tres renglones principales en la lista que una coalición liberal-republicana presentó a la elección de diputados a la Asamblea de Cundinamarca por la circunscripción de Bogotá, la cual triunfó ampliamente<sup>29</sup>.

En 1919, después de expresar varias veces su renuencia a aceptar la postulación, terminó encabezando la lista de candidatos a la Cámara de Representantes propuesta por una amplia coalición en la que también figuraba Laureano Gómez. Santos explicó su decisión diciendo que su categórica negativa había sido vencida por la orden que le impartieron las directivas de su partido<sup>30</sup>. Esas evasivas para no participar en

29 Artículos de *El Tiempo*: «Partido Republicano,» 8 de febrero de 1915; Eduardo Santos, «Las causas de una derrota,» 9 de febrero de 1915; «Pacto electoral para la Circunscripción de Bogotá,» 2 de mayo de 1915; «Unión Liberal-Republicana para Concejeros Municipales,» 1 de octubre de 1915; Eduardo Santos, «Las elecciones en Bogotá,» 2 de febrero de 1917; «Las candidaturas progresistas por Bogotá,» 2 de febrero de 1917.

30 «Candidatos de la coalición progresista para la circunscripción de Bogotá,» *El Tiempo*, Bogotá, 3 de mayo de 1919; «La gran manifestación de ayer a los candidatos de la coalición,» *El Espectador*, Bogotá, 8 de mayo de 1919.

listas electorales van envueltas en una galantería reveladora de un antiguo rasgo de la representación política: el hombre político debe mostrar de todas las formas posibles que no desea, e incluso que «no es merecedor» de la distinción con que se le quiere honrar; que si acepta un cargo, o incluso una postulación, es forzado por las circunstancias, como un deber y no como un premio. Esas reticencias ponen en evidencia ciertos rasgos claves del hombre público y de la escena política. En primer lugar, subrayan la abnegación con que el político debe afrontar una tarea por la que muchos de ellos sienten desdén o aversión, una actividad que con razón debe ser tenida por riesgosa, pues en ella siempre se está a punto de perder el honor y el buen nombre, tan importantes en estos tiempos. En segundo lugar, sirven para reafirmar la independencia con que el electo actuará ante el electorado y ante su partido en el ejercicio del cargo, pues queda disponible el argumento de que se llegó a él a pesar del deseo personal. En tercer lugar, esos gestos en lugar de reducir la eminencia del político lo elevan, lo sustraen de en medio de sus conciudadanos. Esas reticencias, pues, no pueden leerse como una simple comedia. Mostrarse deseoso de ocupar un cargo público sería aceptar que los móviles de su pretensión son de naturaleza egoísta.

El periodista y el político que había en Eduardo Santos eran inseparables de otra faceta que solía completar el carácter de los hombres públicos de la época, la de filántropo<sup>31</sup>, una actividad muy marcada en este momento por la tan invocada *cuestión social*. Esta fue vista por Santos desde varios ángulos. De un lado, desde la miseria de muchas familias, por la cual muestra una constante preocupación, deplorando la situación de ese bajo pueblo para el cual reclama socorros del Estado, como la construcción de viviendas dignas. Por otro lado, recoge las demandas y expectativas de los obreros,

31 *El Tiempo* llegó a ser no solo un club político y un centro de reunión de los notables bogotanos sino también un eje de las actividades de beneficencia y embellecimiento de la ciudad. Véanse al menos estos artículos de *El Tiempo*: «Para la compra de la 'Quinta de Bolívar',» 25 de marzo de 1919; «Por las víctimas del 16 de marzo,» 23 de mayo de 1919; «Para la estatua de Santander en Bucaramanga,» 25 de mayo de 1920; «Por Martín Pomala,» 15 de junio de 1920; «Para socorrer a las víctimas del tifo,» 23 de junio de 1920.

las cuales desde la caída de Reyes algunos grupos trataban sistemáticamente de convertir en reivindicaciones políticas. Considera que los obreros, por sus anhelos de mejoramiento material, de libertad y de instrucción, son intrínsecamente una fuerza progresista, esto es, liberal. De ahí que repudie los esfuerzos de los conservadores por alejarlos del campo liberal-republicano, al cual incita a acercarlos con ofrecimientos verdaderos que consulten su interés. Simultáneamente, desaconseja a los trabajadores organizarse políticamente en forma autónoma, entre otras razones porque parece suponer que no sabrían sobreponerse a las ambiciones de quienes, como los conservadores, querrían utilizarlos para sus fines propios; algo que a su turno piensan los conservadores respecto a liberales y republicanos<sup>32</sup>.

Santos insta repetidamente a todos los actores del mundo del trabajo a esforzarse, dentro del respeto mutuo, por atraer la paz social y por ahuyentar las revoluciones. Piensa que ante las huelgas y demandas de los trabajadores, incrementadas enormemente tras la primera guerra mundial, es inútil quejarse puesto que son fenómenos traídos al país por las corrientes modernas. Además de baldío, lamentarse por ello sería un acto de injusticia pues lo que está implícito en esas peticiones es un saludable impulso al que los capitalistas harían mal en oponerse, dado que así alimentarían el extremismo socialista y la lucha de clases. Pero su actitud no nace solo del pragmatismo. Emerge también de su convicción de que una república solo puede hacerse sólida si tiene una preocupación genuina por la igualdad<sup>33</sup>.

Las carencias en que se debatía una gran parte de los colombianos tenían para Eduardo Santos una evidente relación con la incapacidad para promover el progreso que habían demostrado los gobiernos conservadores que se habían

32 Ver, entre otros editoriales de *El Tiempo*: «Los obreros solos,» 22 de febrero de 1917; «La cuestión social,» 7 de noviembre de 1918; «Muriendo de hambre,» 26 de noviembre de 1918.

33 Eduardo Santos, «Ante la cuestión social,» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de noviembre de 1919; «Orientaciones hacia un mundo nuevo,» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 1920.

sucedido casi sin interrupción desde 1885. Su juicio sobre ellos es severo, sobre todo en ese punto del adelanto material. Los acusa de sustentarse en el fraude electoral operado a gran escala, pero se detiene sobre todo a reprocharles el haber permitido recortes al territorio nacional, haberse negado a organizar una administración pública eficiente, no haber mejorado las vías de comunicación ni la higiene pública, ni la calidad de la educación. En diversos editoriales exagera, pues, dramáticamente la inercia conservadora<sup>34</sup>. Los gobiernos recientes los critica por no manejar de manera eficiente los recursos públicos y por no interesarse en la prosperidad de los colombianos, pero en absoluto por tener rasgos de tiranía. A la libertad existente se refiere con estas palabras tajantes: «Puede sin miedo asegurarse a los cuatro vientos que en Colombia se vive hoy libremente»<sup>35</sup>. Y aunque subraye la gravedad de ciertos males como el fraude electoral, admite de buena gana que eso no lo iniciaron los gobiernos conservadores de la Regeneración, pues los liberales, en las décadas en que habían predominado, también lo habían tenido por una práctica corriente. En cuanto a la violencia, pese a episodios como la represión oficial a una manifestación artesanal y popular en marzo de 1919 y a diversas agresiones que no deja de lamentar y de censurar, está convencido de que la paz en Colombia se ha aclimatado de manera que nadie sería capaz de desencadenar una guerra civil. Y para él no se trata de una paz nacida de las cadenas, la sumisión y el silencio, sino de la convicción profunda de que la violencia apenas sirve para agravar los problemas del país<sup>36</sup>.

Demanda por lo tanto mesura a la hora de hacer el balance de los gobiernos conservadores. Sin desestimar los notables defectos del régimen político existente, está

34 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Un país estancado,» 25 de abril de 1918; «Las glorias del Partido Conservador,» 6 de febrero de 1919; «Por la Universidad Nacional,» 14 de abril de 1919.

35 Eduardo Santos, «Cómo entendemos la lucha cívica,» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 1917.

36 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Política de ayer y de mañana,» 10 de febrero de 1921; «Año nuevo,» 1 de enero de 1915; «La paz de las bayonetas,» 2 de octubre de 1919.

convencido de que contiene los elementos necesarios para que la sociedad colombiana afronte los retos que se le presentan. Tales elementos son la existencia práctica de libertades y de una paz consentida, el desprecio del caudillaje y, en fin, una patria común a la cual contribuyan todos y todos se sientan reconocidos<sup>37</sup>. Pero esta lectura mesurada del régimen conservador contrasta con palabras suyas en las que de cuando en cuando aparece el militante político enardecido que embiste apasionadamente a su contrincante. En este sentido tiene razón un periódico conservador que le reprocha la utilización, en ciertos casos, de raseros enteramente distintos para la crítica: uno, implacable con el conservatismo, otro, moderado con el republicanismo<sup>38</sup>. Él mismo admitió que la prensa libre puede causar daños y agravios, pero creía que en esa misma libertad estaba el remedio a esos eventuales perjuicios<sup>39</sup>.

Por momentos, Santos sintió también desaliento con la democracia colombiana, pero hubo más constancia en su vindicación de ella. Representativa de esa actitud fue su polémica del segundo semestre de 1920 con Laureano Vallenilla Lanz en torno al concepto de *cesarismo democrático*, acuñado por este. Para el venezolano, el caudillo, más precisamente el tirano amasado en los pliegues del mundo popular, constituye una necesidad en ciertas sociedades como las de América Latina. Santos replicó señalando la triste paradoja de afirmar que desde sus orígenes Venezuela se había inclinado por gobiernos caudillistas en razón del carácter altivo de su pueblo, tan distinto de las «indiadas sumisas» de Nueva Granada, Ecuador y Bolivia. Según el autor del *Cesarismo democrático*, el caudillo, además de ordenar un mundo que en su ausencia sería caótico, también sería conveniente debido a que solo a través de él podría superarse el atraso material de

37 Eduardo Santos: «Por la solidaridad nacional,» 18 de septiembre, 1916; «Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz,» 28 de diciembre de 1920.

38 «Los cargos de El Tiempo,» *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 2 de febrero de 1915; Ismael Enrique Arciniegas, «Diez años,» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1921; «Arriba y abajo...» *La Crónica*, Bogotá, 29 de marzo de 1919; Eduardo Santos, «Lo inaudito,» *El Tiempo*, Bogotá, 19 de marzo de 1919.

39 Eduardo Santos, «El periodismo del Sr. Suárez,» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de diciembre de 1918.

nuestras sociedades. Incluso si eso fuera cierto, que no lo es, escribió Santos, la vida carecería de sentido porque el bienestar se alcanzaría al precio del envilecimiento del espíritu. Por esa vía solo se lograría comprometer la existencia misma de estas naciones, necesitadas de un espíritu vivo ante las amenazas de las potencias extranjeras. Y cuando Vallenilla intenta explicar la reticencia colombiana a los caudillos por la supuesta hegemonía clerical y oligárquica que aquí prevalece, Santos señala su ignorancia y observa con agudeza que, a diferencia de Vallenilla y de la prensa venezolana que carece de una opción distinta al ensalzamiento del dictador, la prensa colombiana puede defender a sus propios gobiernos justamente por estar en posibilidad de criticarlos sin correr ningún riesgo, incluso si se está en la oposición<sup>40</sup>.

*El Tiempo*, por ejemplo, en sus primeros diez años de existencia apenas puede quejarse de un choque de alguna magnitud con el gobierno. En 1919 el presidente Suárez había llamado a su director a la sede presidencial para recriminarlo por un duro concepto sobre la actitud presidencial ante la violenta agresión de que fue víctima una manifestación popular en marzo de ese año<sup>41</sup>. Pero a esa reconvencción verbal no le siguió sino el acrecentamiento del prestigio de Santos y de su periódico. Para 1921 –fecha del 10º aniversario– ese reconocimiento nacional había convertido *El Tiempo* en el principal diario del país. ¿Qué explica el logro de esa posición?

#### 4. Un periódico vigoroso para un liberalismo agonizante

*El Tiempo* había puesto en funcionamiento una maquinaria nueva a mediados de 1919 la cual lo colocó, técnicamente,

40 Editoriales en su periódico: «Los venezolanos y nosotros,» 27 de mayo de 1920; «Cesarismo democrático,» 9 de julio de 1920; «Con la prensa de Venezuela,» 27 de noviembre de 1920; «Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz,» 28 de diciembre de 1920.

41 «La entrevista del Excelentísimo Señor Presidente de la Republica con Eduardo Santos,» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de marzo de 1919; «Circular,» *La Crónica*, Bogotá, 22 de marzo de 1919.



a la altura de sus principales colegas colombianos<sup>42</sup>. Esos adelantos, junto a un juicioso manejo financiero le permitían una mayor circulación, pero ella y su consiguiente incremento de influencia hay que buscarlos sobre todo en la persona del director, pues lo que entonces hace a un diario es primordialmente el autor de sus editoriales.

Eduardo Santos fue como periodista un trabajador infatigable capaz de elaborar él solo todas las secciones de su periódico. Sus contemporáneos lo apreciaron por su desprendimiento, por su posicionamiento al margen no solo de la política en el sentido partidista sino al margen de intereses pecuniarios o la ambición de honores. En estos momentos es un modelo del moderantismo republicano, incluso para algunos rivales caracterizados<sup>43</sup>. Desde su periódico, llegó a representar una noción de lo político capaz de sobrepasar las tensiones en torno a la cuestión religiosa, sin por ello renunciar a la crítica de la participación de los curas en política. Representó, igualmente, el afortunado abandono de las querellas estrechamente partidistas, actitud que contrastó no solo con la mayor parte de los periódicos de su propio campo político sino también con el conservatismo, donde *El Nuevo Tiempo* terminó siendo el periódico de una fracción de ese partido sumido en agrias disputas internas, lo cual le ayudó a perder la primacía de que había gozado por años entre la prensa colombiana. El éxito del diario de Santos tuvo, pues, una profunda relación con su capacidad para expresar algunas actitudes predominantes en sectores clave de la sociedad colombiana de principios del siglo XX. Como la avidez de novedades culturales, el nacionalismo antiyanqui, el repudio a la violencia como instrumento político. Comparte, además, la dureza con que las gentes más variadas ven a los partidos, los hombres políticos e incluso la política. Una antipatía ante los hombres políticos de la que están poseídos, paradójicamente,

---

42 «Nuevo formato de 'El Tiempo',» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de julio de 1919; «El nuevo formato de 'El Tiempo',» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de julio de 1919.

43 Ver, por ejemplo, Ismael Enrique Arciniegas, «Diez años,» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1921. Consultar igualmente, «La prensa bogotana y El Tiempo,» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de diciembre de 1929.

incluso muchos de ellos mismos, como si dudaran de la posibilidad de hacer trabajo fecundo desde esa actividad. Eduardo Santos participó de esta paradoja, pudiendo darse el lujo de criticar sin restricciones a los partidos y a los hombres políticos porque, como lo observó su colega Ismael Enrique Arciniegas, en sentido estricto había carecido de un partido que lo dirigiera o que él pudiera dirigir. En ello coincidió el mismo Santos, quien admitió que mientras los demás partidos imponían a los periodistas inscritos en sus filas una fuerte presión para que actuaran en correspondencia con sus ideas y sus litigios, el minúsculo y débil partido republicano permitía a sus periodistas una enorme libertad<sup>44</sup>. La cual la ciudadanía recompensaba leyéndolos.

Ese partido republicano cada vez más agotado no era, con el correr de los años, un campo que pudiera satisfacer a un periodista político con tantas energías y ambiciones. Así, al menos desde inicios de 1919 comenzó Santos a instar a sus copartidarios a salir de la inercia, para que los anhelos de transformación de que estaban poseídos los liberales y los republicanos adquirieran un instrumento político que los hiciera vivir, pues en frente del conservatismo no hallaba ninguna oposición<sup>45</sup>. Desde mediados del año siguiente dio un paso más, y expresó públicamente sus dudas sobre la utilidad de que continuara existiendo el republicanismo como grupo «de compromiso y de equilibrio». El republicanismo, piensa ahora, ha caído en un estado contemplativo que contribuye a fortalecer al conservatismo. Por ello ve necesario cambiar drásticamente de rumbo, y para esto baraja todas las posibilidades que se le ofrecen a su agrupación, desde integrarse en el liberalismo hasta disolverse formalmente como partido y que sus integrantes queden como elementos sueltos. En ese examen del republicanismo llega incluso a preguntarse si no fue un error haber querido convertir eso que había sido ante todo una «corriente espiritual» libre y viva, en

44 Ismael Enrique Arciniegas, «Diez años,» *El Tiempo*, 30 de enero de 1921; Eduardo Santos, «Política y periodismo,» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de abril de 1917.

45 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «La lección de la derrota,» 4 de febrero de 1919; «Hay que ver las cosas de frente,» 8 de febrero de 1921.

un partido. Propone entonces a sus copartidarios contribuir decididamente, sin renunciar a sus ideas, a dar empuje al liberalismo en su combate político<sup>46</sup>.

El desenlace de esa evolución se produce en febrero de 1921, cuando Santos no solo llama a republicanos, liberales y socialistas a trabajar juntos para dar eficacia a sus ideales de cambio, sino que decide proclamar públicamente su paso al liberalismo. Él, uno de los últimos líderes importantes del republicanismo deja este no sin algo de aprehensión ante la respuesta que puedan asumir sus lectores. Para él se trata, antes que una deserción, de la salida lógica a la pura y simple desaparición de un partido del que vindica su espíritu de moderación y su idealismo, que deben continuar viviendo, pero que ya nada tiene para ofrecer como fuerza capaz de darle alguna orientación al país. Cree que el campo de actuación ha cambiado grandemente entre el momento en que surgió el republicanismo y el momento actual. Porque si en el primero, la existencia de dos partidos cargados de odios y prejuicios pedía la erección de una fuerza moderadora, ahora la situación podría resumirse en que unas fuerzas progresistas débiles y desorganizadas tienen en frente un partido conservador que se complace en la abulia de sus rivales. En el momento actual, piensa Santos, el principal desafío es el declive del espíritu público en una escena en la que un partido domina sin contrapeso ni vigilancia efectiva. No imagina en absoluto la resurrección de pugnas sombrías pero se le hace imperativo que el liberalismo recobre sus bríos en el combate cívico, aunque así puedan suscitarse roces, pues esa es la única manera de intervenir en servicio de los asuntos públicos. A quienes piensan que la actividad partidista es necesariamente enemiga de la patria se opone ahora con firmeza y les llama la atención sobre la existencia de una nueva generación ya aclimatada al imperativo de la paz y la legalidad. Les dice, además, que seguir pensando los debates partidistas según ellos habían sido a finales del siglo anterior sería injuriarse a sí mismos, pues así se estaría despreciando el grado de cultura

---

46 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Política progresista,» 23 de junio de 1920; «En el campo republicano,» 20 de julio de 1920.

política alcanzado por los colombianos en los últimos veinte años. Entiende que los programas de todas las corrientes progresistas caben dentro de un concepto amplio y renovado de liberalismo. Un liberalismo pacifista atento a los cambios, interesado en el mejoramiento del Estado en todos sus ramos y en educar a las nuevas generaciones más sólidamente y dentro de un espíritu más libre<sup>47</sup>.

El partido liberal de esta etapa tiene por su figura cimera al general Benjamín Herrera, a quien Santos elogia por su moderación y patriotismo, y con quien coincide en diversos conceptos centrales, como poner la patria por encima de los partidos, vigorizar al liberalismo dentro de la lucha cívica y facilitar el consenso nacional en asuntos como la política exterior. Santos participa resueltamente en la campaña presidencial de 1922, y queda convencido de que solo el fraude les arrebató el triunfo. Pero poco después de esa campaña ve al liberalismo vaciado, carente de un programa ambicioso e incluso de una estrategia coherente. Le reprocha a sus copartidarios que les baste como bandera la jefatura del «Supremo Director» y que juzguen por lo tanto como un sumo error, casi como una traición, objetar de alguna manera sus disposiciones y mencionar las deficiencias del partido. Ve al liberalismo retornar a los tiempos estériles en que lo dirigía Uribe Uribe, cuando el caudillo había tomado el lugar de la doctrina, y el partido se había empequeñecido postrándose a sus pies. Pero Santos denuncia sobre todo a los oscuros personajes que para medrar se escudan en la sombra del jefe, a quien los halagos ditirámicos y unánimes extravían, profundizando las debilidades de un liberalismo que se congratula de sus derrotas y en el que una multitud de gamonales se desgarran mutuamente<sup>48</sup>.

47 Editoriales en *El Tiempo*: «Lo que el futuro exige,» 17 de febrero de 1921; «El partido republicano y la unión liberal,» 22 de febrero de 1921; «El país y los partidos,» 28 de febrero de 1921; «Las concentraciones, la paz y la política republicana,» 3 de marzo de 1921.

48 Eduardo Santos en su periódico: «Lo que el futuro exige,» 17 de febrero de 1921; «¡Arriba, corazones!,» 16 de febrero de 1922; «El General Herrera y la política liberal,» 28 de abril de 1923; «La dirección liberal y su obra,» 16 de mayo de 1923; «Un poco de liberalismo,» 18 de mayo de 1923; «A Don Tomás Uribe Uribe,» 23 de mayo de 1923.

La enorme influencia que en estos años mantuvo Santos desde *El Tiempo* no evitó, sin embargo, que dentro del liberalismo fuera un *outsider*. En esa condición impulsó a sus copartidarios al debate cívico e intelectual sin desanimarse ante los fraudes y violencias de los conservadores, pero sin abrirle espacio tampoco al retorno de los ademanes guerreros, aunque ellos no fueran más que verbales. Insistió en que su partido requería cultivar la tolerancia, el respeto por las ideas ajenas, el patriotismo, el estudio juicioso de los mejores caminos para concretar sus ideales. Debía, sin duda, tener vocación por la acción, pero esa acción debía orientarse a objetivos precisos, a reformas sustanciales, debía estar dotada de una fuerza espiritual nítida. Él representa una tendencia en el liberalismo, aunque pretenda estar por fuera de la división que atenaza a su partido. Esa tendencia descarta absolutamente la violencia como instrumento de acción política, no deja de reclamar profundos cambios pero lo espera todo de la movilización cívica, el combate intelectual, la denuncia, e incluso de la colaboración en gobiernos modernizadores. La otra tendencia cree que el partido no puede ser conducido eficazmente sino por una mano sola y fuerte, pues de lo que se trata es de oponerse a una potencia avasalladora dispuesta a conculcar todo derecho. Esta tendencia, que no repudia el *cesarismo democrático*, exige a los liberales ante todo disciplina, y algunos sectores no excluyen de manera absoluta el recurso de las armas<sup>49</sup>. Se trata de una corriente nostálgica de las vivas pasiones del siglo XIX, que atrae a los impacientes, a quienes no ven en el régimen conservador sino oscuridades. Una corriente que tiene muchos vínculos con el socialismo, que por estos años ha tenido alguna expansión<sup>50</sup>.

Frente al socialismo, Santos elaboró precisiones sustantivas. Reconoció sin reticencias la justicia de un conjunto de reclamos de los trabajadores: mejores condiciones

49 Eduardo Santos: «Una carta sobre política liberal,» 16 de mayo de 1924; «El porvenir del liberalismo,» 26 de noviembre de 1924.

50 Sobre la deriva violenta de los socialistas colombianos de este momento, puede verse Isidro Vanegas, «Apóstoles del pueblo. El carácter de los liderazgos revolucionarios en Colombia, 1924-1930,» *Historia y Sociedad*, n° 25 (2013): 45-77.

de higiene, incremento de los salarios, protección en el trabajo, abaratamiento de los productos de consumo, jornada de ocho horas, descanso dominical, pensión para la vejez... Pero se negó a creer, como sí lo hicieron otros líderes del liberalismo, que su partido estuviera impedido para liderar esas demandas, debiendo dejarle ese rol al partido socialista, e incluso desapareciendo como agrupación política. La vía para satisfacer esas demandas obreras la encuentra, por un lado, en la organización de los mismos trabajadores, la cual ve con simpatía pues la juzga necesaria para realizar gradualmente sus aspiraciones dado que siendo fácil la formulación de un programa de mejoramiento en ese campo, su materialización es algo mucho más arduo. La organización de los trabajadores la considera beneficiosa también para la buena marcha del Estado en la medida que este puede encontrar un interlocutor para resolver mejor ciertos asuntos. Por otro lado, aquellas reivindicaciones deben simultáneamente ser adoptadas como suyas por un partido político que les dé fuerza desde el Estado. Pero no es en absoluto en el socialismo donde se encontrará el apoyo idóneo para materializarlas, sino en el liberalismo, el cual además de contar con mejores posibilidades de hacerlo, ha trabajado larga e intensamente en bien del proletariado, piensa<sup>51</sup>.

En las antípodas del liberalismo, Santos coloca tanto al conservatismo como al socialismo bolchevizado. Teme que la inacción de su partido permita a esta segunda corriente ocupar sus espacios, pero su denuncia está impulsada además por la convicción de que existe una diferencia de naturaleza entre el liberalismo y el socialismo comunista. A este lo caracteriza como una corriente de renovadores furiosos que prometen un cambio completo para producir una sociedad quimérica de pleno bienestar, igualdad y paz. En realidad, dice, se trata de «una nueva forma de la tiranía; una negación plena de la libertad». Ese socialismo desea suprimir la propiedad privada,

51 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «El Congreso Obrero,» 29 de abril de 1924; «Liberalismo y socialismo,» 28 de diciembre de 1924; «El problema obrero,» 11 de febrero de 1926; «Los tres partidos del porvenir,» 28 de noviembre de 1926; «El liberalismo y la cuestión social,» 30 de noviembre de 1926; «La muerte del liberalismo,» 4 de enero de 1927.

coartar la iniciativa individual, privilegiar a una sola clase. El liberalismo aspira a la justicia pero en medio de la libertad, a través de la distribución racional de las riquezas que es preciso generar, no promoviendo la revancha de los explotados ante los explotadores. Santos tiene el buen tino de prever que la implantación de ese socialismo bolchevizado en Colombia abriría una era inédita de violencia política articulada en torno a la noción de lucha de clases. En ese caso el liberalismo debe asumir el rol de partido moderador, que es una de sus principales características en todo el mundo, con lo cual evitará el choque violento entre las extremas<sup>52</sup>. Solo que en lugar de este rol apaciguador que el director de *El Tiempo* le augura a su partido, un sector de él lo que hará es incentivar el choque.

En febrero de 1927 Eduardo Santos se muestra descontento con el estado de la república –que describe dominada por los apetitos–, y sobre todo con el liberalismo, del que dice que ansía el poder pero no se ha hecho digno de él. Ve un país enfermo del cual el liberalismo se aprovecha en lugar de ofrecerle remedios. La situación de su periódico, por el contrario, debe generarle confianza, pues a finales de este mes sale de Bogotá con destino a París para unas vacaciones de cuatro o cinco meses que durarán un año y medio. En aquella ciudad hace intensa vida social y cultural, asiste al congreso de la prensa en Ginebra, y contrata para *El Tiempo* a un conjunto de escritores prestigiosos<sup>53</sup>.

A su regreso a Bogotá, en julio de 1929, se encuentra con un gobierno, el de Miguel Abadía Méndez, que languidece entre los ataques suicidas de los socialistas, la áspera reprobación

52 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Liberalismo y socialismo,» 28 de diciembre de 1924; «¿Hay campo para una política liberal?,» 29 de julio de 1925; «Las huelgas políticas y el interés de los obreros,» 26 de enero de 1927; «Federalismo y soviétismo,» 16 de enero de 1927; «Entre dos violencias,» 31 de enero de 1927.

53 «Cosas del día,» 25 de febrero de 1927; «Colombianos en París,» 12 de junio de 1927; «Notas del día,» 27 de agosto de 1927; «Un gran banquete a Vásquez Cobo en París,» 14 de diciembre de 1927; «Cuatro nuevos colaboradores de EL TIEMPO,» 16 de febrero de 1928; «La fiesta en París en honor del Vizconde de Fontenay,» 21 de junio de 1928; Carlos Deambrosi Martins, «Homenaje al Dr. Eduardo Santos,» 26 de junio de 1929; «Ecos,» 12 de julio de 1929.



de los liberales y la tibia defensa, cuando no la censura, de sus copartidarios conservadores. Una administración que además de su total incompetencia para dirigir un país con problemas agravados por la crisis económica mundial, simula amenazas descomunales al orden social para adelantar una campaña de represión y para ocultar su indolencia en la que medran los corruptos. Ante las protestas sociales el gobierno ejerce la autoridad de una forma tan carente de límites y tan en disonancia con el talante adquirido por la república en los años recientes, que incluso muchos conservadores por eso lo repudian. Ante el socialismo, que con no menos insensatez ha optado por la senda de una insurrección, Santos llama a erigir las barreras del derecho y de la justicia social, no la represión. Se entusiasma, por el contrario, con las movilizaciones ciudadanas en que son denunciados los grupos que desde la administración de Bogotá imponen un crudo clientelismo: le parece el anuncio del renacimiento de la república<sup>54</sup>.

Pero a finales de ese año de 1929 el liberalismo arrastra los mismos problemas que desde hace varios años le impiden realizar una eficaz labor transformadora. Santos constata con pena que una porción importante de sus copartidarios no avizora más que la adhesión a uno de los candidatos conservadores que ya hacen campaña para la presidencia de la república. Constata igualmente que ningún líder liberal cree posible que las distintas corrientes formen un partido cohesionado, como se puso de manifiesto en la Convención Liberal de noviembre, donde esa imposibilidad se trasladó al esquema organizativo acordado, un triunvirato lánguido sin ninguna capacidad ejecutiva. Esta situación del liberalismo cambió repentina y brutalmente con la proposición de presentar a Enrique Olaya Herrera como candidato. Esa candidatura, surgida al margen de la dirección liberal, casi como un golpe de mano, pudo concretarse después de algunas dificultades, pues Olaya se negó inicialmente a aceptarla, pidiendo al liberalismo que le entregara ya formada una amplia coalición multipartidista y que además lo apoyara renunciando a su protagonismo.

54 Eduardo Santos: «La república renaciente,» 20 de julio de 1929; «Reformas sociales y defensa social,» 31 de julio de 1929.

Santos puso todo su entusiasmo en una campaña de la que Alfonso López fue su gran arquitecto<sup>55</sup>.

### Conclusiones: la cordura de esperar

Olaya Herrera triunfó en las elecciones de 1930. Los historiadores han puesto aquí un punto aparte en la historia colombiana, y aunque esto no sea tan evidente como se pretende, podemos también detenernos a fin de subrayar el carácter que revistió la actuación de Eduardo Santos en la arena política durante la república conservadora.

En 1928 Baldomero Sanín Cano había predicho el triunfo de las ideas y las aspiraciones de aquellos que tuvieran «la cordura de esperar», puesto que el siglo XX había enseñado que los gobiernos ineptos caían no por la violencia sino por el peso de sus propios lastres<sup>56</sup>. Podría decirse que después de la guerra de los mil días la cordura de esperar la tuvo no solo el partido liberal sino la sociedad colombiana en general, y que Eduardo Santos fue a la vez uno de los más tenaces impulsores y uno de los más vivos ejemplos de esa actitud. Se había tratado de una espera plena de actividad intelectual y política, animada por innumerables movilizaciones, por multitud de publicaciones y actos repletos de libertad. Liberales, conservadores, republicanos, socialistas, todos habían intervenido arduosamente en la arena política a pesar de las dificultades que se les presentaron bajo la forma de la violencia, del sectarismo adversario, de la enorme fuerza de una iglesia intolerante, de los desatinos de ellos mismos. Santos se propuso en su periódico no acrecentar los males de la nación avalando la interpretación de quienes en nombre de esos males pretendían acallar a sus opositores o justificar protestas violentas. Fue incansable denunciando la

55 Eduardo Santos en *El Tiempo*: «Ante el panorama político,» 19 de octubre de 1929; «El liberalismo y la Convención Nacional,» 21 de noviembre de 1929; «Sin novedad en el frente,» 31 de diciembre de 1929; «El partido liberal y la concentración patriótica,» 30 de enero de 1930. Ver también Carlos E. Restrepo, *Orientación republicana*, t. II (Bogotá: Banco Popular, 1972), 504-617.

56 Baldomero Sanín Cano, «La cordura de esperar,» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de abril de 1928.

violencia política como un anacronismo y tratando de moderar las pasiones políticas, y creyó que la libertad y la justicia se impondrían mediante su conquista paulatina y laboriosa.

Aquella actitud conciliadora de los liberales contrasta con la que ellos mismos irán a desarrollar durante la República Liberal, cuando también sucumbieron a los viejos fantasmas del odio partidista, sin comprometerse a fondo en detener la creciente ola de intolerancia que arrastrará al país a finales de los cuarenta.

### Fuentes documentales

Arciniegas, Ismael Enrique. «Arriba y abajo...» *La Crónica*, Bogotá, 29 de marzo de 1919. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Diez años.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1921. p. 5.

\_\_\_\_\_. «La prensa bogotana y El Tiempo.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de diciembre de 1929. p. 5.

Deambrosis Martins, Carlos. «Homenaje al Dr. Eduardo Santos.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de junio de 1929. p. 11.

\_\_\_\_\_. «Ecos.» *El Tiempo*, Bogotá, 12 de julio de 1929. p. 11.

Manrique, Juan E. y otros. *Peregrinación a la tumba de Santiago Pérez 23 mayo 1911*. París: Librería de Paul Ollendorf, 1911.

Rueda Vargas, Tomás y Eduardo Santos. «Editorial.» *La Revista*, n° 1 y 2, (1909).

Sanín Cano, Baldomero. «La cordura de esperar.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de abril de 1928. p. 1.

Santos, Eduardo. «¡Arriba, corazones!» *El Tiempo*, Bogotá, 16 de febrero de 1922. p. 1.

\_\_\_\_\_. «¿Hay campo para una política liberal?» *El Tiempo*, Bogotá, 29 de julio de 1925. p. 1.

- \_\_\_\_\_. «¿Qué debe ser un Gobierno en Colombia.» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de julio de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «'El Liberal' y la Constitución nacional.» *El Tiempo*, Bogotá, 10 de enero de 1912. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «A Don Tomás Uribe Uribe.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de mayo de 1923. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Al margen de un informe.» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de julio de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Al margen del Manifiesto.» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de marzo de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Ante el panorama político.» *El Tiempo*, Bogotá, 19 de octubre de 1929. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Ante la cuestión social.» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de noviembre de 1919. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Año nuevo.» *El Tiempo*, Bogotá, 1 de enero de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Banquete en honor de Villegas Restrepo.» *El Tiempo*, Bogotá, 10 de julio de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Candidatos de la coalición progresista para la circunscripción de Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 3 de mayo de 1919. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Candidaturas presidenciales.» *El Tiempo*, Bogotá, 7 de octubre de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Cesarismo democrático.» *El Tiempo*, Bogotá, 9 de julio de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Cinco años.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1916. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Circular.» *La Crónica*, Bogotá, 22 de marzo de 1919. p. 2.

- \_\_\_\_\_. «Colombianos en París.» *El Tiempo*, Bogotá, 12 de junio de 1927. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Cómo entendemos la lucha cívica.» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 1917. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Con la prensa de Venezuela.» *El Tiempo*, Bogotá, 27 de noviembre de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Conservadores y republicanos.» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de diciembre de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Cosas del día.» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de febrero de 1927. p. 3.
- \_\_\_\_\_. «Cuatro nuevos colaboradores de EL TIEMPO.» *El Tiempo*, Bogotá, 16 de febrero de 1928. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El arcoirismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 9 de junio de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «El Congreso Obrero.» *El Tiempo*, Bogotá, 29 de abril de 1924. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El desastre del Bloque.» *El Tiempo*, Bogotá, 3 de mayo de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «El General Herrera y la política liberal.» *El Tiempo*, Bogotá, 28 de abril de 1923. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El Liberal y la candidatura republicana.» *El Tiempo*, Bogotá, 29 de noviembre de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «El liberalismo y la Convención Nacional.» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de noviembre de 1929. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El liberalismo y la cuestión social.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de noviembre de 1926. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El nuevo formato de 'El Tiempo'.» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de julio de 1919. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El país y los partidos.» *El Tiempo*, Bogotá, 28 de febrero de 1921. p. 1.

- \_\_\_\_\_. «El partido liberal y la concentración patriótica.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1930. p. 3.
- \_\_\_\_\_. «El partido republicano y la unión liberal.» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de febrero de 1921. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El patriotismo y la candidatura republicana.» *El Tiempo*, Bogotá, 1 de diciembre de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «El periodismo del Sr. Suárez.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de diciembre de 1918. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «El porvenir del liberalismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de noviembre de 1924. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El problema obrero.» *El Tiempo*, Bogotá, 11 de febrero de 1926. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «El viejo mal.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de octubre de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «En el campo republicano.» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de julio de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «En un solo partido.» *El Tiempo*, Bogotá, 13 de junio de 1918. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Entre dos violencias.» *El Tiempo*, Bogotá, 31 de enero de 1927. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Escepticismo nacional.» *El Diario*, Bogotá, 11 de noviembre de 1912. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Excomuniación laica.» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de septiembre de 1916. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Federalismo y sovietismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 16 de enero de 1927. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Hay que ver las cosas de frente.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de febrero de 1921. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Ideas republicanas.» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de marzo de 1914. p. 2.

- \_\_\_\_\_. «La alianza democrática.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de febrero de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La casa del Maestro. Eduardo Santos en nuestra Redacción.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de abril de 1911. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La cuestión social.» *El Tiempo*, Bogotá, 7 de noviembre de 1918. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La dirección liberal y su obra.» *El Tiempo*, Bogotá, 16 de mayo de 1923. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «La entrevista del Excelentísimo Señor Presidente de la República con Eduardo Santos.» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de marzo de 1919. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «La fiesta en París en honor del Vizconde de Fontenay.» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de junio de 1928. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La gran manifestación de ayer a los candidatos de la coalición.» *El Espectador*, Bogotá, 8 de mayo de 1919. pp. 1 y 6.
- \_\_\_\_\_. «La lección de la derrota.» *El Tiempo*, Bogotá, 4 de febrero de 1919. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La lección de las derrotas.» *El Tiempo*, Bogotá, 11 de febrero de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La muerte del liberalismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 4 de enero de 1927. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «La paz de las bayonetas.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de octubre de 1919. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «La paz necesaria.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de mayo de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La política y el país.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de septiembre de 1916. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «La república renaciente.» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de julio de 1929. p. 1.



\_\_\_\_\_. «La voz de un hombre ilustre.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de septiembre de 1911. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Las candidaturas progresistas por Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de febrero de 1917. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las causas de una derrota.» *El Tiempo*, Bogotá, 9 de febrero de 1915. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las concentraciones, la paz y la política republicana.» *El Tiempo*, Bogotá, 3 de marzo de 1921. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Las elecciones de hoy.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de mayo de 1915. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las elecciones en Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de febrero de 1917. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las elecciones en Boyacá.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de febrero de 1919. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las elecciones municipales.» *El Tiempo*, Bogotá, 6 de octubre de 1911. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Las glorias del Partido Conservador.» *El Tiempo*, Bogotá, 6 de febrero de 1919. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Las huelgas políticas y el interés de los obreros.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de enero de 1927. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Liberalismo y socialismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 28 de diciembre de 1924. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Lo inaudito.» *El Tiempo*, Bogotá, 19 de marzo de 1919.

\_\_\_\_\_. «Lo que el futuro exige.» *El Tiempo*, Bogotá, 17 de febrero de 1921. p. 1.

\_\_\_\_\_. «Lo que significa la Convención.» *El Tiempo*, Bogotá, 17 de julio de 1915. p. 2.

\_\_\_\_\_. «Los cargos de El Tiempo.» *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 2 de febrero de 1915. p. 2.

- \_\_\_\_\_. «Los obreros solos.» *El Tiempo*, Bogotá, 22 de febrero de 1917. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Los que protestan.» *El Tiempo*, Bogotá, 4 de noviembre de 1917. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Los tres partidos del porvenir.» *El Tiempo*, Bogotá, 28 de noviembre de 1926. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Los venezolanos y nosotros.» *El Tiempo*, Bogotá, 27 de mayo de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Manifiesto Republicano.» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de marzo de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Mirando atrás.» *El Diario*, Bogotá, 28 de septiembre de 1912. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Muriendo de hambre.» *El Tiempo*, Bogotá, 26 de noviembre de 1918. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Notas del día.» *El Tiempo*, Bogotá, 27 de agosto de 1927. p. 3.
- \_\_\_\_\_. «Notas políticas. Doux pays.» *El Tiempo*, Bogotá, 21 de febrero de 1912. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Notas políticas.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de julio de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Nuevo formato de 'El Tiempo'.» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de julio de 1919. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Orientaciones hacia un mundo nuevo.» *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Pacto electoral para la Circunscripción de Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 2 de mayo de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Para el concejo municipal de Bogotá.» *El Tiempo*, Bogotá, 6 de octubre de 1917. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Para la compra de la 'Quinta de Bolívar'.» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de marzo de 1919. p. 2.

- \_\_\_\_\_. «Para la estatua de Santander en Bucaramanga.» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de mayo de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Para socorrer a las víctimas del tifo.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de junio de 1920. p. 5.
- \_\_\_\_\_. «Partido Republicano.» *El Tiempo*, Bogotá, 8 de febrero de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Política de ayer y de mañana.» *El Tiempo*, Bogotá, 10 de febrero de 1921. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Política progresista.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de junio de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Política y periodismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 20 de abril de 1917.
- \_\_\_\_\_. «Por la paz y la justicia.» *El Tiempo*, Bogotá, 10 de mayo de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Por la solidaridad nacional.» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de septiembre de 1916. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Por la Universidad Nacional.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de abril de 1919. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Por la verdad histórica.» *El Tiempo*, Bogotá, 29 de enero de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Por las víctimas del 16 de marzo.» *El Tiempo*, Bogotá, 23 de mayo de 1919. p. 3.
- \_\_\_\_\_. «Por Martín Pomala.» *El Tiempo*, Bogotá, 15 de junio de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Qué busca la coalición.» *El Tiempo*, Bogotá, 4 de octubre de 1917. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Reformas constitucionales.» *El Tiempo*, Bogotá, 4 de agosto de 1913. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Reformas sociales y defensa social.» *El Tiempo*, Bogotá, 31 de julio de 1929. p. 1.

- \_\_\_\_\_. «Renovarse o morir.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de noviembre de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Republicanos y liberales.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de enero de 1915. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Revista política.» *La Revista*, n° 1 (1909).
- \_\_\_\_\_. «Revista política.» *La Revista*, n° 2 (1909).
- \_\_\_\_\_. «Sin novedad en el frente.» *El Tiempo*, Bogotá, 31 de diciembre de 1929. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz.» *El Tiempo*, Bogotá, 28 de diciembre de 1920. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Un gran banquete a Vásquez Cobo en París.» *El Tiempo*, Bogotá, 14 de diciembre de 1927. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Un país estancado.» *El Tiempo*, Bogotá, 25 de abril de 1918. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Un poco de liberalismo.» *El Tiempo*, Bogotá, 18 de mayo de 1923. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Una carta sobre política liberal.» *El Tiempo*, Bogotá, 16 de mayo de 1924. p. 1.
- \_\_\_\_\_. «Una revelación. El gran ministerio.» *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1914. p. 2.
- \_\_\_\_\_. «Unión Liberal-Republicana para Concejeros Municipales.» *El Tiempo*, Bogotá, 1 de octubre de 1915. p. 1.
- Osorio, Luis Enrique. «Eduardo Santos me dijo.» *Vida* 5, n° 41 (1941): 18-23.
- «Fabio Restrepo cuenta cómo fueron los primeros días de EL TIEMPO.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1961. p. 10.
- «Recuerdo de don Fabio.» *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1961.

## Fuentes bibliográficas

Abel, Christopher. *Política, iglesia y partidos en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1987.

Castro, Santiago. *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Editorial Universidad Javeriana, 2009.

Henderson, James. *La modernización de Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2006.

Restrepo, Carlos E. *Orientación republicana*. 2 vols., Bogotá: Banco Popular, 1972.

Rosanvallon, Pierre. *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*. París: Gallimard, 1998.

Santos Molano, Enrique. *Los jóvenes Santos*. 2 vols., Bogotá: Universidad Central, 2000.

Vanegas, Isidro. *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado, 2011.

\_\_\_\_\_. «Apóstoles del pueblo. El carácter de los liderazgos revolucionarios en Colombia, 1924-1930.» *Historia y Sociedad*, n° 25 (2013): 45-77.

Vega, Renán. *Gente muy rebelde*. 4 vols., Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2002.

## Citar este artículo:

Vanegas Useche, Isidro, «Eduardo Santos, la escena pública y la «hegemonía» conservadora.» *Historia Y MEMORIA*, n° 14 (2017): 251-290. DOI: <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5821>.